

Barcelona Agosto 77

HISTORIA

# DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 46.

L47  
1818

HISTORIA

# DE LAS PERSPECTIVAS

DE LA CIUDAD DE MADRID

DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES

CON UNO DE LOS DISEÑOS DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE MADRID, EN EL AÑO DE 1784, POR DON JUAN DE VILLANUEVA, ARQUITECTO DE SU MAJESTAD, Y DON JUAN DE VILLANUEVA, ARQUITECTO DE SU MAJESTAD, Y DON JUAN DE VILLANUEVA, ARQUITECTO DE SU MAJESTAD.

D. Eduardo Xela Villanueva y de los señores Galdames

EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE DON JUAN DE VILLANUEVA, ARQUITECTO DE SU MAJESTAD, Y DON JUAN DE VILLANUEVA, ARQUITECTO DE SU MAJESTAD, Y DON JUAN DE VILLANUEVA, ARQUITECTO DE SU MAJESTAD.

EN LA ESCUELA DE BELLAS ARTES

TOMO PRIMERO

IMPRESA EN MADRID EN LA ESCUELA DE BELLAS ARTES

En el año de 1784

si fuera á las bodas. Cien cristianos le esperaban en el lugar del suplicio para recibir la muerte como él. Entre ellos había obispos de diferentes regiones, sacerdotes, diáconos, clérigos menores. El gran pretor, dirigiéndose al grupo de condenados, dijo: «Si alguno de vosotros quiere evitar el suplicio, declárese dispuesto á adorar el sol y será salvo.» Mas todos á una voz contestaron: «Estamos resueltos á morir ántes que á apostatar.»

Á estas palabras los verdugos empezaron á ejercer su terrible ministerio. Simeon presencié aquella carnicería satisfecho, viendo la constancia de aquella pléyade de mártires que morían un momento para resucitar por toda la eternidad.

Finalmente, su cabeza episcopal rodó sobre las de sus invictos compañeros.

Aquel fué el primer cuadro de una numerosa galería de heróicos martirios. La persecucion de los cristianos se hizo general en Persia. Los magos y los judíos recorrían los campos y las soledades ávidos de descubrir á los generosos adoradores de JESUCRISTO. Innumerables fueron las víctimas.



BAUTISMO DE CONSTANTINO.

Tales atropellos aumentaban la indignacion de los romanos.

Constancio, á la cabeza de un ejército poderoso, invadió la Persia; pero la astucia de Sapor derrotó las huestes imperiales en las inmediaciones de Singare. Los mejores generales perecieron en los campos de la Mesopotamia, resultando para el imperio una parálisis forzosa y prolongada.

En el entre tanto la cristiandad persa expiaba la derrota de sus vengadores.

Á fines del 349 las legiones de Constancio volvieron á amenazar el reino de Sapor II, cuyas armas sitiaron á Nisibe. Los reyes de la India, asociados al rey de los persas, acudieron con máquinas de guerra de una potencia hasta entónces desconocida. Como apoyando al ejército sitiador venían muchedumbre de ancianos, niños y mujeres, dando al ejército el carácter de una formidable invasion.

Nisibe opuso á aquel torrente la firmeza inquebrantable de un genio. El obispo Jacobo había jurado vengar la sangre de los mártires oponiendo á los verdugos el valor del heroismo cristiano. Su decision equivalía á un ejército. El cielo le deparó un auxiliar digno de él.

Un diácono de Siria, que expió con los rigores de la vida cenobítica, en un desierto de Mesopotamia, algunos deslices de su primera juventud, abandonó las profundas grutas que le servían de deliciosa morada para volar en socorro de la ciudad cristiana amenazada por los idólatras.

Efren era su nombre, que debía pasar á la historia de la santidad y de la elocuencia con una auréola inmarcesible.

En las asperezas del desierto había aprendido una ciencia de la cual pocos alcanzan el magisterio, la ciencia de las lágrimas. Uno de sus biógrafos dijo de él que estaba constantemente sumergido en un abismo de compuncion. Tanta era la luz que Dios derramaba en su espíritu vigoroso, que más de una vez hubo de exclamar: «Señor, moderad el oleaje de vuestra gracia.» Su ciencia era un raudal de inspiracion; sus palabras un torrente de doctrina. Phosius le atribuye más de mil tratados. Los grandes espectáculos de la naturaleza le eran predilectos; de ahí que se haya dicho que sus escritos dejan percibir el agradable perfume de las selvas.

Este cenobita irresistible por su palabra, junto con el obispo de Nisibe, electrizó al pueblo para la defensa.

Sapor II, contando con la inmensidad de su ejército, intentó un día el asalto, favorecido por el desplome de un lienzo de muralla. Pero el ardor de Efren hizo reparar por la noche la brecha abierta durante el día, y los asaltantes encontraron la derrota en el lugar designado para la victoria.

Las leyendas cuentan algunos hechos milagrosos que sembraron la confusion en los soldados de Sapor. De todas maneras milagroso fué el triunfo; pues una sola ciudad contrabalanceó á un reino poderoso.

Derrotados los persas, hubieron de ser morigerados y clementes para con los cristianos.

Dios acabó de demostrar á los idólatras el poder de su brazo. La cristiandad entonó un nuevo himno de gratitud. Muchos adoradores del sol, entrando dentro de sí mismos, reconocieron la mano de la divina Providencia, y abrazaron la fe que semejantes prodigios obraba.

## XV.

### Nuevas persecuciones de Atanasio.

La muerte violenta de Constante, hermano de Constancio, acaecida en la Galia, fruto de la ambicion de dos favoritos, llamó la atencion del soberano de Oriente. El asesino del Emperador, revestido de la púrpura imperial, provocó sangrientas escenas para posesionarse de un trono profanado por su crimen. Reproduciéndose el desenfreno de antiguos días, el imperio occidental vió aparecer varios pretendientes casi á un mismo tiempo. Pero la prudencia, actividad y valor de Constancio desbarataron la red tramada por los enemigos de su dinastía. Magnencio, Nepociano y Vetranion fueron los tres caudillos que aspiraron á ceñir una misma corona.

No debemos historiar los procedimientos que usó Constancio para ahogar en su raiz aquella peligrosa tentativa.

Fijándonos en el aspecto que tomó la cuestion religiosa, debemos sólo ocuparnos de los acontecimientos del invierno del 351 en Sirmina, por ser ellos el punto de partida de una serie de conflictos y persecuciones que entristecieron de nuevo el corazon maternal de la Iglesia.

La muerte de Constante, defensor de la pura ortodoxia cristiana, que tenía en Occidente su cátedra, resucitó las aspiraciones del partido adversario de Atanasio, cuya importancia no había declinado aún á la faz de la cristiandad.

Había en Sirmina un obispo llamado Photino, hombre de elevada ciencia, pero de ligero criterio, inclinado manifiestamente á los errores de Sabelio, por cuya razon había sido excomulgado en un Concilio de Milan. Aprovecharon los obispos procedentes del cisma eusebiano aquella ocasion favorable para suscitar antiguas rivalidades, y obtuvieron el que Constancio les reuniera para procesar y juzgar al herético pastor.

Veinte y dos obispos adictos á la pasada disidencia, entre ellos Narciso de Nerodiade, Teodoro de Heráclea, Basilio de Ancira, Ursacio de Singidor y Valente de Murza se reunieron en Sinoto, hicieron comparecer á su colega de Sirmina, y como era lógico, unánimemente le declararon reo de sabelianismo.

Pero los obispos congregados redactaron su profesión de fe, y en ella omitieron la palabra *consustancial*, que venía siendo el caballo de batalla de todas las discusiones teológicas.

Bastó esta omision para provocar una nueva protesta del inflexible defensor del símbolo ortodoxo, Atanasio.

En el interin, Constancio, vencedor de Magnencio, llegó á Arles.

Allí empezaron las sugerencias y los manejos políticos y religiosos para imprimir al gobierno de Occidente una determinada marcha. Prescindiremos aquí de las cuestiones políticas y administrativas entónces suscitadas para fijarnos exclusivamente en las religiosas.

Los obispos arianos creyeron llegada la oportunidad de recuperar el inmenso espacio perdido en el último período histórico.

Figuraba en la corte de Constancio un prelado eminente, heredero de las cualidades y de las miserias del difunto Eusebio. Su misticismo, su piedad, su carácter severo, unidos á su sociabilidad, diéronle fácil ascendiente sobre la familia imperial. Constancio atribuía más importancia á las plegarias de Valente, que así se llamaba su obispo favorito, que á la ciencia militar de sus generales.

Sin embargo, Valente pertenecía al grupo eusebiano, y por ahí profesaba animosidad ferviente contra Atanasio.

Sobráronle al reputado obispo palaciego ocasiones para prevenir al Emperador contra la actitud de su noble rival. Y valiéndose de armas reprobadas en buena lid, hizo entender al soberano que Atanasio, desde Alejandría, mantuvo relaciones íntimas con el usurpador del trono de Constante. Afirmaba que los diputados de Magnencio, al dirigirse á Constantinopla, pasaron á Alejandría para ponerse de acuerdo con Atanasio y tramar de consuno el triunfo del rebelde. Confirmaba este aserto la observacion repetida con insistencia de la popularidad que en Occidente gozaba el nombre de Atanasio, y de la cual el Emperador había palpado irrefragables pruebas. Pintada de esta manera la actitud, los intentos, los fines del obispo de Alejandría, deduciase natural, lógicamente la necesidad de eliminar de una vez la influencia de aquel prelado tan perjudicial á los intereses del imperio. Apoyaba en sus gestiones á Valente la segunda esposa de Constancio, llamada Aurelia Eusebia, verdadera reina en el corazón de su esposo, y cuyas simpatías en el círculo de los obispos semiarianos eran manifiestas. Al mismo tiempo murió Julio papa, pontífice favorable á Atanasio, porque se había convencido de su inocencia, de su justicia, de su rectitud y de su santidad.

Todo conspiraba contra la tranquilidad de Atanasio, y de la integridad de la causa católica por él tan gloriosamente personificada.

Pero la verdad es que á todas luces aparecían falsas é interesadas las acusaciones de infidelidad y de traicion contra el obispo de Alejandría repetidas. En el corazón de Atanasio cabían igualmente la fe y el patriotismo. Por esto él y su Iglesia tomaron parte activa en las tristezas, en las esperanzas y en los regocijos del Oriente. Todos los obispos fieles á Nicea se distinguieron por sus sentimientos de adhesion á la casa de Constantino.

Por desgracia la verdad no acostumbra á dejarse oír entera en las alturas de los palacios. Constancio ignoraba sin duda los testimonios cordiales de adhesion que públicamente daban los prelados que creía contrarios á su imperio.

Deseando separar para siempre á Atanasio de su silla, envióle un diputado con una carta imperial en que se le daba permiso para pasar á la corte de Occidente. Atanasio contestó al enviado que, no habiendo pedido semejante autorizacion, se creía dispensado de hacer uso de ella, particularmente cuando nada tenía que exponer al soberano.

Constancio, sabedor de la resolucion del obispo de Alejandría, acudió al nuevo Papa.

Liberio acababa de ser entronizado en la Silla de Pedro, vacante por el fallecimiento de Julio. Universal era la fama de sus virtudes y de sus talentos. Pero reciente su exaltacion, no había tenido tiempo de dominar el cúmulo de complicaciones que presentaba la situacion eclesiástica en aquellos momentos en que la íntima mezcolanza de las autoridades religiosa y se-glar sostenían la más peligrosa confusion. No conocía á fondo el partido que rodeaba á Constancio. Impulsado por su acrisolada honradez y buena fe, Liberio escribió á Atanasio suplicándole se trasladara á Roma para dar explicaciones satisfactorias de su conducta, y dejar patentizada su inocencia.

Excepcional era en verdad la posicion de Atanasio. Los Concilios de Roma y de Sárdica le habían absuelto y glorificado; sus enemigos se vieron forzados á enmudecer ante las esplendentes pruebas de su integridad; su doctrina era la bandera de la fe ortodoxa en el mundo; su grey admiraba la perfecta correspondencia entre las enseñanzas y las obras del venerable pastor. Admirado por dos Concilios legitimos, ¿había de ser de nuevo procesado?

Atanasio envió al Papa el atestado de todo el episcopado egipciaco á favor de su doctrina y de su vida.

Liberio se convenció de lo imprudente de los cargos sostenidos; y lleno de celo en favor de la víctima, pretendió convencer de ello al Emperador.

No era Liberio hombre bastante astuto para manejar felizmente el necanismo de una política insidiosa. Creyendo en la buena fe de la corte, envió á ella dos legados, uno de ellos Vicente de Capua, que había representado en Nicea brillantemente su mision episcopal. Los legados pretendían nada ménos que esclarecer el ánimo del Emperador, desvanecer sus juicios desfavorables á Atanasio, y en caso de persistencia aconsejar la convocacion de un Concilio general.

La atmósfera que se respiraba en Arles era totalmente opuesta á la de Roma.

Constancio se alegró de ver en su propia corte los delegados de Liberio, preveyendo las dificultades que iba á encontrar en tan desfavorable terreno para ellos la idea del Pontífice.

La condenacion de Atanasio estaba resuelta, el decreto extendido. Las gestiones de los delegados fueron contrarestadas por los manejos y elucubraciones del partido ariano.

Los adversarios argumentaban diciendo: «La paz de la Iglesia viene sacrificada por el respeto á una dignidad y á unos intereses secundarios por lo mismo que personales. Atanasio tiene la desgracia de ser el gérmen de todas las discordias. Que se sacrifique en aras de la paz de la Iglesia que tanto dice querer.»

Replicaban los legados: «No, no se trata sólo de la dignidad y de los intereses de una persona, sino de la doctrina que esta persona representa.»

A lo que los contrarios contestaron: «Comprometéos á condenar á Atanasio, y nosotros nos comprometemos á firmar una condenacion explícita del arianismo.»

Como puede observarse, la cuestion se establecía en desventajoso terreno; todavía más, en terreno falso é inconveniente. La declaracion de la fe era pospuesta á un hecho secundario. Semejante propuesta equivalía á decir: «Si no condenáis á Atanasio, no condenaremos la herejía.»

Acordóse celebrar una reunion de obispos á la que los delegados pontificios concurrirían. En ella sólo se trató de condenar al paladín augusto de los buenos principios. En vano reclamaron los delegados la declaracion antiariana. La Asamblea contestó que no había para qué remover cuestiones espinosas. Paulino de Tréveris fué el único obispo que elevó la voz á fa-

vor de la víctima de Alejandría. Su destierro inmediato demostró que la corte de Arles estaba resuelta á prevalecer sobre toda discusion y sobre todo derecho.

Los legados cedieron.

Liberio, al recibir la noticia de la debilidad de sus legados, se sintió poseído de terrible estupor. Entónces comprendió que su buena fe le había ilusionado; comprendió tambien que jamas debía haber consentido en desandar el camino gloriosamente recorrido por dos Concilios. En una carta escrita á Osius, otro de los campeones de Nicea, Liberio expresaba la pesadumbre que oprimía su alma pastoral. La condescendencia de Vicente de Capua, con cuyo valor y firmeza contaba, le había colocado en situacion difícil. «Se creerá, le decía, que yo he hecho traicion á la inocencia, ó que he asentido á doctrinas contrarias al Evangelio.»

En el entre tanto Constancio exigía de todos los obispos del Occidente la adhesion á los acuerdos de Arles; y se indignaba al saber la desaprobacion del Papa. Dirigió éste al Emperador una carta llena de pontificia firmeza. En ella apelaba á la religiosidad de la familia imperial; le conjuraba á no obrar nada que afectar pudiera la integridad de los principios del Evangelio; le participaba la resuelta actitud que conservaría cuando se tratara de defender las buenas doctrinas. «Yo no he añadido nada al episcopado de Roma, pero no quiero tampoco que se le quite nada; yo quiero conservar inmaculada esta fe que ha llegado hasta nosotros por la sucesion de tan grandes obispos, entre los cuales han descollado tantos mártires.» El Papa proponía á Constancio la reunion de un nuevo Concilio. Constancio accedió para principios del siguiente año, que era el 355.

Miéntas llegaba el término del plazo convenido, Constancio se dedicó á librar el Oriente del gobierno de su sobrino Gallus, cuya disipacion y ligereza secundaba el desórden de los pueblos. Entristece la lectura de los episodios que formaron la tragedia que precedió á la destitucion y al asesinato de aquel jóven á quien el mismo Emperador había elevado á la categoría de César oriental. No estaban borrados todavia los instintos de crueldad que venían manchando las páginas de la historia romana con sangre de príncipes vertida por príncipes, sin más justificacion que sospechas de rivales engrandecimientos.

Al recibirse en Arles la noticia de la decapitacion de Gallus hubo una explosion de entusiasmo y de regocijo. Constancio era el soberano absoluto de dos imperios. Sus cortesanos le trataban de «vuestra eternidad,» y no faltaron prelados infieles que se atrevieron á llamarle «obispo de los obispos,» y miéntas estaba el Emperador embriagado con el incienso de tanta lisonja, llegó el tiempo en que, segun lo prometido al papa Liberio, debía congregarse el Concilio. Milan vió llegar gran número de prelados que debían reunirse bajo la perniciosa influencia de la égida imperial.

Muchos años habían transcurrido que no se había visto tan extensa y completa autoridad en manos de un solo hombre. Pues bien, estè hombre casi omnipotente dirigió toda la fuerza de su poder y de su influjo contra un obispo completamente desarmado. La integridad de conciencia, la inflexibilidad de carácter, el celo del episcopado, la fidelidad inquebrantable de Atanasio atraían las miradas del orbe sobre su persona y le constituían el tipo del Apóstol. No ambicionando la gloria de descollar entre los obispos, era, no obstante, sin pensarlo, y sin quererlo la primera figura de aquella cristiandad. Huyendo de la grandeza levantaba el pedestal de su fama póstuma, desde cuya cumbre domina la mayoría de las eminencias de la Iglesia, é iguala á las eminencias que no domina. «De Milan á Alejandría, ha dicho un apologista, no se veían sino dos cabezas, que todo lo dominaban, erguida la una enfrente de la otra. Constancio, el señor del mundo; Atanasio, el servidor de Dios.»

Intentaba el Emperador que el Concilio de Milan no tuviera otro objeto y otro resultado que adherir el episcopado de Occidente á la actitud y acuerdos reiteradas veces adoptados por gran parte de los obispos de Oriente, es decir, difundir el espíritu de herejía en el seno de la Iglesia ortodoxa. De ahí que, seguro de la docilidad de los orientales, no hizo venir á Milan del Oriente sino algunos representantes. Ademas de que, como dice Tillemont, «como

no se trataba de discusion sino de fuerza, todos los soldados de Constancio podían en su caso ser considerados como otros tantos obispos arianos (1).»

Abierta la Asamblea, los enemigos de Atanasio usaron la argumentacion que les había dado en Arles tan eficaces resultados. «No se trata, dijeron, de modificar la doctrina, sino de deshacernos de un obstáculo constante á la pacificacion de la Iglesia. Pedimos la condena de un obstinado, de un pertinaz, de un participante de la herejía sabeliana. ¿No vale más, preguntaban, la paz de la Iglesia que la dignidad de un hombre?»

Los discursos pronunciados en este sentido producían desastroso efecto. Pero Dios tenía resuelta la defensa de su fiel ministro.

Eusebio de Verselio, obispo de incomparable fama y popularidad en Italia, que en un principio se resistió á asistir á Milan, cuyo Concilio, segun él, no podía dar resultados favorables, tuvo que ceder á las repetidas instancias de las notabilidades de ambos partidos. Todos reclamaban su presencia; todos esperaban explotar el peso de su autoridad. El mismo Emperador le suplicó honrase con su palabra el Concilio.

Llegado á Milan, con Pancracio é Hilario, y con Lucifer, obispo de Cagliari, se dirigió á la catedral, en cuyo coro se hallaban los padres del Concilio en sesion. Inmensidad de pueblo llenaba las naves del vasto templo, anheloso de seguir las peripecias de una cuestion que era ya la primera preocupacion de aquel tiempo.

Su llegada fué la señal de un movimiento que revelaba un aprecio y un respeto envidiables. Al momento vióse al respetable Obispo rodeado de las notabilidades conciliares, que le suplicaban con insistencia firmara la condena de Atanasio.

Solemnes momentos fueron aquéllos; quizá de la actitud de aquel hombre en aquel instante dependía el triunfo ó la derrota de la justicia. Eusebio conservó la serenidad, la impassibilidad, la dignidad.

Haciendo Eusebio ademán de hablar, un silencio profundo sucedió á la confusion. «Está muy bien,» dijo, y echando una mirada significativa á ciertos grupos de obispos, continuó, «pero ante todo es preciso saber qué fe profesan los aquí congregados,» y sacando de su bolsillo un ejemplar del símbolo de Nicea, siguió diciendo: «Firmad todos este símbolo, y yo prometo firmar lo que os plazca.» Unos aplaudieron este arranque inesperado; otros se arrepintieron de haber contribuído á que viniera al campo de batalla un caudillo, cuyo talento y cuya táctica iba á serles fatal.

Dionisio, obispo de Milan, iba á poner su firma á continuación de la de Eusebio, más Valente le arrebató la pluma diciendo: «Por este camino no llegaremos á ningun acuerdo.» Una agitacion indescriptible se apoderó de la Asamblea; los dos partidos prorumpieron en acusaciones y anatemas. El pueblo, apercibido del escándalo, empezó á enfurecerse. «Los arianos, decían, quieren destruir la fe de Nicea; ¡abajo los arianos! ¡que salgan de este templo, que es cristiano!»

Únicamente los esfuerzos decididos del obispo de Milan pudieron contener la impetuosidad del pueblo indignado. El pastor no quería la perdicion de la grey; en vez de atizar la revuelta predicó la paz. «Permaneced tranquilos, les decía, dejad que los maestros de la fe discutan y decidan.» Pero cuando los agentes del Emperador, penetrando en la sala conciliar, arrestaron á Lucifer de Cagliari por la energía con que apoyaba á Eusebio de Veselio, entónces fué imposible contener el furor popular. Los gritos contra los arianos se redoblaban; el frenesí crecía. Los arianos, sobrecogidos de espanto, abandonaron el templo, y el obispo de Milan celebró una misa en accion de gracias en medio del edificante recogimiento de sus ovejas.

El Emperador congregó á los obispos en su palacio; lugar más á propósito para dejar sentir el impulso de su influencia. Su osadía llegó al punto de presentar á la Asamblea una fórmula de fe dictada por él mismo, en la que los errores del arianismo se dejaban traslucir

(1) *Les ariens.*



más de lo que deseaban los mismos obispos arianos. Al oír la lectura de aquel documento varios prelados empezaron á combatirlo con poderosísimos argumentos, que sólo eran contestados por los obispos cortesanos con frases incontinentes. En lo más crudo de la discusión el Emperador aparece, y tratando de imponerse con un rasgo de autoridad, soberanamente ridículo en el terreno doctrinal, exclamó: «La doctrina que combatís es mía; si es falsa, según afirmáis ¿cómo se explica que Dios, protegiendo mis armas, ha sometido el mundo entero á mi ley?»

Al oír esto sublevóse la conciencia de todos los concurrentes; pero sólo uno de ellos tuvo suficiente valor para formular la protesta merecida. Lucifer de Cagliari tomó la palabra, y aterró en pocas expresiones el orgullo repugnante del soberano. «Vuestra doctrina, dijo, es la de Ario, ni más ni ménos; los que la sostienen son precursores del Antecristo. Vuestro poder y el éxito de vuestra política nada prueban en su favor. La Escritura nos cuenta de muchos soberanos apóstatas, que Dios no castigó inmediatamente. ¿Cuánto tiempo dejó Dios medrar á los Madianitas y á los hijos de Amelec? ¿cuánto tiempo permitió Dios que Saul reinara á pesar de tener ya excogido y consagrado á David para reemplazarle? ¿cuánto tiempo Salomon sobrevivió á su idolatría? Bellos son los términos de vuestro edicto; pero destila el veneno de la herejía, y para prevenirnos contra este veneno, que ya destilaba vuestro padre, el bienaventurado Pablo decía: «Que nadie os seduzca con la sublimidad de las palabras...»

Un sentimiento general de asombro se apoderó de todos los obispos al oír aquel lenguaje modelo de independencia y de libertad. El mismo Emperador vaciló algunos momentos acerca la forma en que era preferible contestar. Al fin se limitó á decir: «¿Es que las Escrituras santas os permiten insultar á vuestro soberano?»

—«No, contestó el Obispo, no os insulto, oh Emperador; ó sino ¿diríamos que Samuel insultaba á Saul, cuando le decía: puesto que no hacéis caso de la palabra de Dios, este Dios que desdeñáis os reducirá á nada, y ya no seréis rey de Israel? Yo no os insulto, si es que no insultaron á Osías los sacerdotes que le arrojaron del santuario, porque estaba cubierto de lepra... también vos tenéis la lepra ariana. Si yo miento os insulto; pero si digo la verdad, no puedo insultaros...»

El Emperador abandonó la cuestión doctrinal, en cuyo desarrollo ni sus partidarios querían seguirle, y evocó de nuevo la causa de Atanasio. «Es preciso condenar al sacrílego Atanasio, decía, soy yo quien le acuso; cuando yo acuso vosotros debéis condenar.» «No, contestaban los obispos independientes; cuando se trata de asuntos y personas eclesiásticas, la Iglesia se reserva la plenitud del juicio y de la sentencia... No mezcléis Roma y la Iglesia, el poder imperial y los cánones.» Al oír esta palabra los cánones, Constancio dijo: «Mi voluntad es también un cánón; mis obispos de la Siria aprueban mi lenguaje. Aprobadlo, ó seréis desterrados con Atanasio.»

La discusión era imposible enfrente de un soberano que pretendía ejercer toda la plenitud del ministerio Pontificio. Cánones, dogmas, reglas de conducta moral, todo quería él definirlo, establecerlo, imponerlo. El mundo estaba bajo la presión de un verdadero protestantismo.

Enrique VIII fué en el siglo XVI nada más que un copista del Constancio del siglo IV; los obispos cortesanos de Inglaterra repitieron el drama representado por primera vez en Arles por los arianos. Hay muchos rasgos de semejanza fisonómica entre el obispo Crammer y el obispo Valente. Uno y otro supieron atraerse las consideraciones de la parte piadosa de sus respectivas familias imperiales; uno y otro supieron esconder bajo el manto de astuta hipocresía la perversidad de sus intenciones.

Constancio mandó arrestar en las Termas de Maximino Hércules á ciento cincuenta personas, distinguidas por la ortodoxia de su fe, entre ellos varios obispos. Aquella reclusión fué para ellos la primera etapa de un lejano destierro. No tardó en sufrir la misma suerte Dionisio, obispo de Milan.

Aterrado el partido ortodoxo puro con la ostentacion de aquel rigor, creyó Constancio que le sería fácil obtener la aquiescencia y hasta la adhesion del papa Liberio, en quien reconocía cierta vacilacion de carácter favorable á sus intentos.

Un eunuco de la corte fué enviado á Roma cargado de presentes para atraerse la condescendencia de Liberio. La divina gracia fortaleció su ánimo pontifical. «Los concilios, dijo, han justificado á Atanasio; yo no puedo condenarle... ademas, para mí la cuestion de la fe es la primera. Es preciso ante todo ser explícitos sobre este punto. JESUCRISTO ántes de curar á los enfermos les hacía confesar que creían en Él. Decidlo al Emperador.»

Todos los esfuerzos del eunuco se estrellaron contra la firme actitud del Papa. Al salir de la morada pontificia el mensajero se dirigió á la iglesia de San Pedro, sobre cuyo altar puso las ofrendas por Liberio rechazadas; pero éste indignado fué á arrojarlas de allí.

Al saberse en Milan la valentía del Pontífice romano se decretó el llamamiento de éste á la presencia de Constancio. Propalóse por la ciudad eterna la noticia del disfavor en que Liberio había caído, resultando el retraimiento de los principales caballeros y damas acerca de la persona del Pontífice. El terror reinó entre los adictos á la causa papal. Una policia numerosa y astuta vigilaba y acusaba á la vez los actos de adhesion católica.

Liberio partió silenciosamente para Milan. La entrevista del Papa y del Emperador fué grave. Atanasio tuvo el privilegio de formar el tema de aquella trascendental conversacion. Liberio se resistió con firmeza á acceder á una sentencia inmotivada é injusta.

Constancio, enardecido de cólera, conjuró á Liberio á contribuir á la paz del mundo, doblegándose á su pretension; Liberio insistió que la paz para ser sólida debe basarse en la justicia.

El Emperador puso fin á aquella conferencia acordando al Papa dos días de plazo para acceder. Al tercer día pudo convencerse el César que Liberio no desistía de su heroica actitud. Un decreto de destierro á Berea, en Tracia, fué el resultado de su persistencia digna.

El Emperador hizo ofrecer á su víctima algunas monedas de oro para desahogar más su posicion: «Devolvedlas al Emperador, dijo al enviado, él las necesita para pagar á sus soldados.» La Emperatriz quiso usar de largueza con la ilustre víctima, quizá al impulso de los remordimientos que le causaba su cooperacion activa á aquella persecucion: «Tiene ella obispos de sus amigos que se complacerán más que yo en recibir estos dones; prémieles con éstos su adhesion.» Tambien el eunuco que había servido de mensajero del Emperador en tan desagradable negocio quiso ostentar su munificencia al Papa ofreciéndole una buena cantidad de dinero; pero Liberio indignado dijo al ofrecedor: «¿Soy por ventura yo un criminal para que el devastador de las iglesias me ofrezca su limosna? vete, miserable, y procura ante todo hacerte otra vez cristiano.»

Ceñida la frente con la auréola del valor y de la nobleza cristiana; enaltecido con la gloria de no haber ni siquiera vacilado ante el mayor poder temporal del mundo; vencedor en el orden moral, partió Liberio para su material destierro. El aspecto sereno y tranquilo del anciano proscrito, cuya desgracia involucraba la desgracia del derecho y de la justicia, conmovió el corazon de muchos cortesanos que, ménos corrompidos que los promovedores de aquellos crímenes, empezaban á comprender los rastros móviles de aquella siniestra tragedia.

## XVI.

Sacrilegios, asesinatos y persecuciones de la cristiandad de Alejandría.—Víctimas en Constantinopla y en todo el Egipto.

Atanasio conocía minuciosamente el curso de los acontecimientos de Milan; no ignoraba la nueva sentencia recaída sobre su persona y esperaba el momento que tuvieran efecto las resoluciones imperiales. Humanamente hablando nada debía esperar en la tierra. Hombre

verdaderamente excepcional, había sido tomado como blanco de una general persecucion, sin que á ello diera otro motivo que la firmeza de sus convicciones religiosas. Sabía que la amistad que le profesara un grande, era motivo suficiente para derribarle de la cumbre de su grandeza al fondo de la desgracia política. Un papa y una pléyade de obispos se hallaban en el destierro porque no se doblegaron á condenarle; porque se atrevieron á defenderle centenares de fieles sufrían enormes perjuicios en sus intereses y en sus familias. Entre otras cosas que imposibilitaban su rehabilitacion había una, insuperable á juicio de todo pensador, era el pundonor imperial. Ó Atanasio había de descender de la altura á que llevó la defensa de la ortodoxia, ó el Emperador había de inclinar la frente que había erguido en nombre de su dignidad. Atanasio no podía dejar de ser víctima si no mediaba ó la abjuracion de su fe ó la abdicacion de la dignidad de Constancio.

Á pesar de esto, que Atanasio sabía, ni un momento vaciló su levantado espíritu. Podía evadir amarguísimos lances huyendo; prefirió arriesgar su vida permaneciendo á la cabeza de su grey. Ni una sombra fugaz de melancolía vióse jamas asomarse en su fisonomía, siempre serena, como reflejo que era de la conciencia de un santo. Las vicisitudes de su proceso turbaban el consejo de los políticos del imperio, y él no turbó un solo día el tranquilo ejercicio de su ministerio sagrado. Todo se conmovía por él; él era el único personaje en la cristiandad, ajeno á la turbacion general. Nadie hubiera adivinado por su actitud, que la corte y los pueblos se agitaban por su derecho. Dios le había dotado de dos cualidades que raras veces otorga reunidas: el ardor y la impasibilidad. Su palabra era el rayo que incendiaba las almas; su corazon, como si fuera de mármol, permanecía frío, inmóvil ante las consecuencias de las heridas abiertas por el rayo de su palabra en los intereses y en los planes de sus enemigos. Semejante á la roca, que rechaza las olas sin sentirse conmovida por su victoria, Atanasio no se ocupaba de su triunfo despues de haberlo obtenido, ni de su desgracia, un momento ántes de sufrirla.

De ahí que si durante el combate era casi vehemente, despues de él ostentaba tanta circunspeccion y tanta prudencia, que llegaban á constituir un verdadero embarazo para los que intentaban sacrificarle.

El emperador Constancio no se apresuró á ejecutar el decreto de deposicion y destierro contra el obispo de Alejandría, porque había medido las funestas consecuencias que podía traer un golpe en falso en asunto tan arduo.

Procuró aumentar considerablemente las firmas del proceso, ganando por todos medios la adhesion de muchos obispos, tentados y seducidos por la habilidad de los emisarios. Trató de aislar la gran ciudadela, para dar al asalto el carácter de una operacion definitiva.

Al fin, despues de transcurridos muchos meses de las escenas de Milan, llegó á Alejandría el notario Diógenes, enviado de Constancio, para notificar verbalmente á Atanasio la decision de la corte, de que abandonara el báculo y la grey. «Y bien, le dijo el Obispo, ¿dónde está la orden imperial?» Diógenes contestó que escrita no la tenía. «Pues yo os mostraré, díjole Atanasio, cartas del Emperador que me autorizan para regresar aquí; y que me animan á permanecer aquí; ¿sería prudente que yo inutilizara el valor de estas cartas en virtud de la sencilla palabra de un agente que viene aquí destituido de toda credencial?»

El argumento era convincente. Fué preciso acudir á títulos más decisivos. Diógenes acudió al duque Siriano, comandante de las legiones del Egipto y de la Libia. Alejandría vió pronto la llegada de algunos cuerpos armados, con extraordinaria alegría de los arianos.

El Duque requirió á Atanasio con las mismas expresiones que Diógenes; mas el Obispo contestó al soldado en idénticos términos que al notario: «Mostradme una orden y obedeceré al instante.» Y llevando su condescendencia á los límites de lo imaginable, añadió: «Dadme un escrito en que aseguréis que tenéis esta orden y obedeceré.» El Duque no se atrevió á arrostrar la responsabilidad de esta declaracion.

Convínose en enviar una diputacion á Milan, respetándose en el interin la inviolabilidad de los santuarios y la libertad de accion de los cristianos.

En aquellos días Atanasio recibió el homenaje espontáneo de una de las grandes figuras que descollaron en aquellos siglos.

Antonio, el solitario que había poblado de penitentes los fragosos desiertos del Egipto; aquella maravilla de penitencia y maceracion abandonó por algunos días las entrañas de la tierra para bajar al mundo y saludar fraternalmente al sostenedor de aquella fe, por la cual sacrificó su bienestar. La aparicion del anacoreta en Alejandria fué como la aparicion de un ángel. Su entrada eclipsó el entusiasmo de las entradas de los reyes. Cristianos, arianos, judíos, gentiles, todos acudieron á ver, á saludar la fisonomía de la criatura insigne que había conseguido subordinar á la soberanía de su alma las fieras del desierto, las tempestades del aire y los genios del abismo. Los cetros de oro no impresionaban más su imaginacion que las cañas de la soledad, pues á sus ojos veía en estas cañas como en aquellos cetros nada más que una manifestacion del poder divino. La dignidad del esclavo era para él tan respetable como la dignidad de los emperadores, pues los emperadores y los esclavos tenían á sus ojos, sobre todas las dignidades, la dignidad de hijos de Dios.

El tiempo había respetado su cuerpo, como la naturaleza en general respetaba su palabra. De ahí que, á pesar de haber visto transecurrir cien años, ni en su frente se había abierto una arruga, ni de su boca había caído un diente; ni vacilaban sus piés, ni temblaba su voz.

Hubiérase dicho que era una muestra dada á los pecadores de lo que habría sido Adan en la ancianidad, á no haber arruinado la culpa la lozanía de la inocencia.

Antonio y Atanasio conferenciaron sobre las cosas de Dios. El solitario alentó al Obispo á proseguir infatigable los combates por la Iglesia.

Despues de algunos días de santa familiaridad, Antonio se despidió para el desierto, presintiendo su próxima muerte.

Las consideraciones públicas de Antonio á Atanasio acrecentaron la veneracion de aquella cristiandad hácia su Obispo.

Los arianos, impacientes por la llegada de las órdenes ejecutorias contra Atanasio, consiguieron decidir al duque Siriano á consumir el más injustificable atropello.

Una noche en que los cristianos reunidos en el templo se entregaban tranquilos á la oracion y á la preparacion, viéronse de repente asaltados por las huestes imperiales. A los desahorados gritos de los invasores levántanse alarmados los fieles, suscitándose la más sangrienta colision.

En aquel conflicto, los más devotos del Obispo rodearon su sagrada persona, le conjuraron á que buscara en la huida su salvacion. Grande fué la oposicion del pastor á abandonar la grey; pero ¿de qué iba á servir el sacrificio de su vida? Siendo certísima su muerte ¿no era sacrificar á un momento más de permanencia, quizá largos años de servicios, de combates y tal vez de victorias? Impulsados por este criterio los adictos toman á Atanasio y le arrebatan léjos del peligro. La Providencia le salva prodigiosamente en aquella noche.

Á la mañana siguiente, inspirados por el terror producido, por la vista de las víctimas tendidas en el sagrado pavimento y por la noticia de las numerosas y horrendas desgracias acontecidas, reuniéronse los cristianos para deliberar sobre las medidas que creían conducentes á aligerar su terrible posicion. Resolvieron elevar al Emperador una exposicion ó memoria de aquellos sucesos, impetrando respetuosamente su alta proteccion sobre sus intereses, sus personas y su fe.

El duque Siriano se opuso á que se hablara de víctimas en aquel escrito.

Mas como estallaran nuevas turbulencias y acontecieran nuevas desgracias, acordóse redactar una nueva y más enérgica exposicion. La lectura de algunos párrafos de aquel importante documento da una idea de toda la extension de los atropellos que sufrió en aquellos días el pueblo adicto á la fe de Nicea.

«El pueblo de Alejandría, decían, puesto bajo la dirección del respetabilísimo Atanasio, notifica los siguientes sucesos:

«Por un primer escrito, atestiguamos la violencia nocturna que se hizo contra nosotros y contra el templo del Señor; aunque no era necesario atestiguar un hecho conocido y presenciado por toda la ciudad. Los cadáveres de los cristianos muertos en el templo fueron públicamente expuestos, así como los arcos y otras armas que, como otros tantos testigos, proclamaron la violación de la ley. Mas como quiera que el esclarecido Siriano pretende obligarnos por la fuerza á declarar que no acontecieron atropellos, y que no hubo víctimas, persuádenos esto de que lo acontecido fué contra la voluntad del clementísimo Augusto Constancio; puesto que el Duque no temería se supiera el acontecimiento de hechos realizados de orden superior.

«En vista de esto renovamos nuestra declaración; y ya que algunos de los nuestros se dirigen personalmente al piadosísimo Augusto, les hemos requerido, por la salud del piadosísimo Emperador, que el Todopoderoso guarde, y suplicamos asimismo al prefecto de Egipto, Máximo, y á todos los esclarecidos magistrados lo cuenten y refieran al Emperador. Requerimos igualmente á las gentes de mar divulguen la noticia de lo acontecido por los lugares en que aportaren, á fin de que llegue á oídos del Príncipe, de los prefectos y magistrados y de que sepa el mundo que bajo el reinado de Constancio han sido martirizadas por orden de Siriano muchas vírgenes y otras personas de diversa índole.

«...Si lo acontecido, continuaban, lo fué por voluntad del Príncipe, declaramos hallarnos dispuestos á sufrir el martirio; de lo contrario, suplicamos á Máximo, prefecto de Egipto, y á los demas magistrados, que tomen las debidas disposiciones para evitar la repetición de semejantes crímenes...»

Después de algunas semanas de ansiedad y temor llegó la respuesta imperial. Constancio aprobaba sin reserva la conducta del Duque; sólo lamentaba que Atanasio hubiera evadido la persecución. En el escrito remitido á Siriano decía el Emperador, entre otras cosas: «Senado, pueblo de Alejandría, reuníos; vosotros todos, jóvenes ciudadanos, concertaos. Perseguid sin tregua al traidor, de lo contrario sabed que os reputaré por enemigos. Si se ha refugiado entre los bárbaros, es preciso arrancarle de aquel refugio.»

El conde Herácleo fué portador del rescripto imperial. En todas las esquinas de Alejandría fué plantada una copia de aquella impudente provocación. El emisario venía revestido de plenos poderes para sujetar el pueblo á la voluntad soberana. «A la menor tentativa de resistencia, decía Herácleo en una especie de proclama, haré suspender la distribución del pan... el Emperador no quiere oír jamás el nombre de Atanasio... todas las iglesias van á ser entregadas á los arianos.»

Para encontrar auxiliares en el pueblo, el Conde apeló al auxilio de los paganos. Reunió al efecto los notables idólatras y les manifestó que el Emperador estaba dispuesto á acabar de una vez para todas con el culto de los ídolos; pero que tales pudieran ser los servicios que prestaran sus correligionarios al imperio contra Atanasio que merecieran el premio de la tolerancia.

Á esta incitación, que equivalía á una garantía de impunidad, los idólatras se manifestaron agradecidos y decididos.

Pocos esfuerzos debieron emplear para reunir gran muchedumbre de idólatras, y para lanzarlos contra los santuarios del Cristianismo. Mientras los fieles celebraban reunidos en uno de los principales templos una de las solemnidades litúrgicas, una turba frenética, armada con palos y provista de piedras, penetró en él, cantando obscenas letrillas. Las mujeres fueron insultadas, los ancianos atropellados, los jóvenes batidos, el altar derribado y hecho añicos, y los objetos del culto, las vestiduras sacerdotales, amontonados en la plaza pública y reducido todo á pavesas. El grito que repetía aquel populacho, ébrio de gozo, era: «¡Victoria! arianos y griegos, no formamos sino un solo cuerpo; Constancio va á reconocer nuestros misterios.»

Á la deposicion oficial de Atanasio siguió naturalmente la provision de su silla vacante. Pero ¿quién sería bastante audaz para ocupar un puesto tan glorificado por la eminente persona que lo había ocupado? Ninguna notabilidad ariana llevó tan allá sus pretensiones. Sin embargo, hubo un hombre bastante indigno para resignarse á exhibir su personalidad ridícula ante la sociedad y ante la historia.

Jorge de Capadocia, despues de haber administrado una especie de taberna pública; despues de haber sido privado de aquella miserable administracion á causa de sus probadas depredaciones, recibió el presbiterado de manos de un obispo ariano. Ya presbítero, se había distinguido por la vehemencia de sus declamaciones contra los secuaces de Atanasio. Título suficiente para que un grupo de obispos le designara para la Iglesia de Alejandría.

Jorge, acompañado de un jefe militar, maniqueo, entró en Alejandría, cuya cristiandad le recibió estupefacta.

Constancio dirigió á la ciudad sometida á sus numerosas cohortes una carta de pláceme; las virtudes cívicas de los alejandrinos eran apologiadadas con frases de evidente exageracion. El fondo del imperial escrito consistía en una serie de calumnias arrojadas con enojo sobre la reputacion de Atanasio. «Vedlo, decía, á ese grande, á ese valeroso hombre; él no ha osado salir á su propia defensa; él se condena á sí propio, ¡huye! Yo aconsejo á los bárbaros que se libren inmediatamente de él, para evitar que pervierta á los que tengan la desgracia de oírle; á los que vean brillar en sus mejillas sus lágrimas de teatro. En cuanto á él, que se marche y no vuelva; en cuanto á vosotros, distinguíos de muchos por vuestra prudencia y por vuestra virtud... No recordéis más las bravatas de aquel criminal... convicto de tantos crímenes, que no podría expiar ni sufriendo diez veces la muerte.»

El ahinco del nuevo obispo de Alejandría fué descubrir el paradero de Atanasio. Llevar al matadero al pastor de sus ovejas era su bello ideal. Secundado por Sebastian, emprendió una escrupulosa investigacion por la ciudad y sus alrededores.

Iglesias, casas, jardines, conventos, sepulcros todo fué minuciosamente inspeccionado.

Las moradas de los numerosos amigos de la ilustre víctima señaladas al furor de los creyentes del imperio sufrieron un verdadero saqueo. Las amenazas y atropellos no escaseaban contra las personas adictas, con el pretexto de obligarles á revelar el paradero, por todos ignorado, del perseguido pastor. Muchos alejandrinos emigraron, aterrorizados del aspecto que tomaba aquella infeliz ciudad.

Sebastian emprendió la inspeccion de los conventos de la Tebaida. Un oficial superior, un prelado ariano y algunos criados remontaron el Nilo, y suplicaron á Teodoro, sucesor de san Pambio en la direccion de los anacoretas, que les indicara el paradero de Atanasio.

«Conocemos á Atanasio, contestó Teodoro, y veneramos su nombre y sus hechos; pero no tenemos la gloria de haberle recibido entre nosotros.» Registraron el convento, y como entraran en la iglesia y vieran en ella reunidos y rezando á los monjes «Rogad por mí,» les dijo el obispo ariano; á lo que los monjes contestaron: «No nos es dado orar á vuestro lado,» y todos salieron del templo.

Muchos eran los conventos, las tiendas, las grutas, que poblaban aquel santo desierto; los emisarios fueron recorriendo todos aquellos asilos de virtud, sobre los cuales recaía alguna lejana sospecha.

Y en efecto; Atanasio estaba en el desierto. Sus amigos le habían acompañado al primer convento de aquella cadena de conventos que se escalonaban en toda la extension de las orillas del Nilo, y que se prolongaba hasta el corazon de la soledad. Nada más fácil que burlar las pesquisas de la policia más infatigable en aquel natural laberinto. El desierto era católico. El arianismo no podía respirar el aire de santidad, embalsamado por los heróicos cenobitas. Las sectas necesitan el incienso de las cortes y la esplendidez de los palacios. Entre los solitarios los traidores son imposibles.

Á la menor sospecha un esquife trasladaba á Atanasio de un asilo á otro asilo superior, ó

una caravana lo internaba en el desierto. El viento borraba las huellas marcadas por los fugitivos. El silencio de las comunidades equivalía al secreto de una mudez natural. Ninguna indiscreción era imposible allí donde la palabra era contenida absolutamente por la obediencia.

Atanasio aprovechó el retiro para enseñar, meditar y defender.

Los monjes se instruyeron por su boca sobre los peligros que atravesaba la fe en la sociedad. El desterrado se fortificó con el doble espectáculo de la inspiradora naturaleza y de la estupenda virtud. Además, dedicóse á escribir admirables defensas de la justicia y de la doctrina.

Mientras Atanasio escribía en el fondo de la soledad sus admirables apologías, y legaba á la historia la contundente vindicación de sus actos, crecía el encono de los arianos y de los imperialistas, que veían inutilizadas sus pesquisas y ridiculizados sus esfuerzos para poseionarse de la víctima augusta.

La persecución á todo lo cristiano llegó á su apogeo. Los templos confiados á sacerdotes arianos se vieron desiertos enteramente; los ortodoxos se congregaban en lugares ocultos para participar de los santos misterios en unión de fe y de caridad. Renováronse las escenas amargas de las catacumbas. Los eclesiásticos adictos á la antigua fe recibieron prohibición de celebrar el santo sacrificio y de distribuir limosnas; y los fieles prohibición de aceptarlas de sus manos.

Era el primer domingo después de Pentecostes, cuando noticioso el comandante Sebastian de que los ortodoxos celebraban una reunión religiosa en un cementerio vecino á Alejandría, al frente de tres mil soldados se dirigió contra ellos, llegando en ocasión que terminaba el santo sacrificio de la misa. Las personas de distinción, entre ellas algunas nobles vírgenes, fueron públicamente azotadas con haces de palmas. Muchas murieron allí mismo; y sus cuerpos fueron abandonados insepultos para escarmiento de los fieles.

En todo el Egipto sintió enardecerse la persecución. Diez y seis obispos fueron desterrados; treinta se vieron forzados á huir de la muerte segura, escondiéndose en las fragosidades de los montes. El cadalso fué erigido en varios puestos públicos, y en él expiaron la santa constancia de su virtud sacerdotes y seglares numerosos. Ninguna persecución por el paganismo había revestido la fiereza y bestialidad de aquélla.

Al conocer Atanasio los detalles de tan sostenida crueldad, sepultóse en el fondo de una caverna, para devorar en el aislamiento absoluto la aflicción que en su delicada alma producía aquel diluvio de males descargado sobre sus inocentes hermanos.

En las entrañas de la tierra, viviendo ciertos días en el corazón de uno de los sepulcros, que tanto abundaban en la Tebaida, mezclado con los restos de cadáveres de antiguos penitentes, escribía aún, peleaba aún, extendía el terrible proceso, cuya lectura las generaciones venideras á la suya han admirado, y que evidencia de qué parte estaba la razón y el derecho.

Los escritos de Atanasio pasaban de mano á mano, y mantenían viva la luz de la fe, á pesar de la vehemencia de los vientos de la herejía.

No faltaron, sin embargo, cristianos decididos que prefirieron la confiscación de los bienes y la expatriación á la infidelidad. Constantinopla fué teatro de ejemplos estupendos de valor.

Los cristianos más de una vez irguiéndose ante sus verdugos les disputaron con arrojo la perpetración de sus crímenes. En cambio los herejes se complacían en reducir á escombros monumentos soberbios consagrados al culto por la munificencia de Constantino.

La virilidad del pueblo cristiano de la antigua Bizancio se manifestó en toda su energía cuando supieron que el obispo ariano Macedonius quería trasladar el cuerpo del emperador Constantino desde la iglesia de los Doce Apóstoles á otro lugar más seguro. «No contentos los enemigos, exclamó la cristiandad, con destrozar el símbolo de Nicea, quieren profanar el cadáver de su protector.»

Las turbas, armándose espontáneamente, se lanzaron á la calle. Algunos días duró la lucha, concentrada en los alrededores de la iglesia de San Acacio, donde el cuerpo de Constantino había sido depositado. «La sangre derramada en el interior de aquel santuario, dice Sozomeno, formó un río que se difundía por las calles contiguas.» Una orden de Constancio desaprobando la conducta de Macedonius suspendió las hostilidades.

Pero la lucha más importante y más digna acontecía en el campo de las doctrinas. Los obispos en el destierro no enmudecían. Eusebio de Verselio, y Lucifer de Cagliari, eran dignos ecos de la elocuencia de Atanasio. Arrojadados al Asia, vieron agruparse á su sombra, llenos de entusiasta admiración, las poblaciones cristianas que atravesaban.

En Scythople, Eusebio recibió una ruidosa ovación. La casa del conde José, judío de distinción convertido al Cristianismo, fué convertida en un palacio. Hubiérase dicho que no era un expatriado el que en él se hospedaba, sino un soberano victorioso que recibía en corte el homenaje por sus triunfos. Irritado ante aquellas demostraciones Patrophilo, obispo ariano de aquel lugar, mandó encarcelar al ilustre confesor; pero éste juró no comer ni beber nada que no le fuese ministrado por manos de sus hermanos en la fe. Sorprendido de tanto tesón mandó se le diera libertad. La muchedumbre de fieles le acompañó en triunfo é iluminó espléndidamente por la noche la fachada del hospedaje.

El obispo de Cagliari continuaba esgrimiendo su pluma contra la herejía. Su rudeza característica le facilitaba la emisión descarnada de todas sus ideas y juicios. Considerándose superior á los mismos poderes de la tierra, echábales en cara sus faltas y sus errores, con la misma libertad y franqueza santas con que hubiera reprendido las de los súbditos de ínfima categoría.

Entre otros de los opúsculos que escribió en su ostracismo, cuéntanse: *Una defensa de Atanasio.*—*Condenación de los reyes apóstatas.*—*No haya sociedad con los herejes.*—*No haya compasión para los enemigos de Dios.*—*Muramos por el Hijo de Dios.*

Atendido el nervio inflexible y seco de su literatura, Lucifer de Cagliari fué comparado al Elias de los tiempos de Acab.

«Ven, Emperador, dice en uno de los citados opúsculos, ¿por qué no te vengas de este mísero mendigo que te insulta?... ¿Juzgas que nosotros respetaremos tu diadema, tus pendientes, tus brazaletes, tus ricas vestiduras, y que olvidaremos por tí al Rey del cielo y de la tierra?»

Atanasio leía en la oscuridad de su prematuro sepulcro los vigorosos escritos de su camarada en la lucha, y aplaudía sus arranques. El mismo Emperador leyó uno de aquellos opúsculos, y dudando de la verdad de su procedencia, quiso cerciorarse si en efecto su autor era Lucifer.

Por encargo imperial, Florentino escribió á Lucifer, diciéndole: «Se ha presentado cierto sujeto á ofrecer en vuestro nombre un manuscrito á nuestro señor Augusto, y éste manda sea de nuevo remitido á Vuestra Santidad para cerciorarse si realmente vos se lo habéis remitido. Contestad lo que haya de cierto sobre esto, y devolvedme el manuscrito para que pueda ser de nuevo ofrecido á su eternidad.»

El desterrado contestó: «Queridísimo hijo: por vuestra honradísima carta sé que un sujeto ha remitido en mi nombre al Emperador un manuscrito. Sepa vuestra religiosa prudencia que he examinado cuidadosamente este manuscrito que devuelvo... Ahora sírvase vuestra generosidad decir al Emperador que sin dificultad alguna lo reconozco por mío. Y si el Emperador reflexiona sobre las razones que me decidieron á discutir de esta suerte, comprenderá que estamos resueltos á sufrir la muerte que se nos prepara.»

Tal era el lenguaje de los perseguidos.



## XVI.

San Hilario.—Su ortodoxia, sus persecuciones.—Defecion de Osius.—Debilidades de Liberio.—Ascendiente de los arianos.

En el Occidente empezó á descollar en aquellos días un adalid de la ortodoxia cristiana. Envuelto en las oscuridades idolátricas, víctima de las vacilaciones imprescindibles en los profesantes de una doctrina sin base fija, luchó denodadamente en la soledad de espíritu y en la meditacion, Hilario, uno de los pocos filósofos del paganismo que partían del amor puro á la verdad para recorrer el camino de sus investigaciones científico-religiosas. La integridad de su conciencia debía valerle la inspiracion de lo alto. Los ídolos no eran dignos de sus homenajes, ni de sus apologías. Planteando como planteaba de buena fe las cuestiones sugeridas por su brillante talento, el filósofo galo no podía encontrar ninguna solucion en un sistema que recibía su fuerza de la nebulosidad misma de sus dogmas ó de sus aparentes principios. El paganismo, fuerte por las pasiones, no resistía á la luz de la razon.

Cuando vinieron á las manos de Hilario las doctrinas del Evangelio, el alma del filósofo recibió el premio de su sinceridad. El mismo nos dice que «al leer estas palabras de san Juan: *el Verbo es Dios; el Verbo se hizo carne*, encontró en ellas esperanzas que excedieron á sus mismas aspiraciones.»

De repente adoró la divinidad del Verbo hecho carne. Puede decirse que entró en el Cristianismo por la cumbre de sus creencias. De repente su espíritu se sintió iluminado con la luz del dogma fundamental de su símbolo.

Hilario era, pues, por convencimiento, y segun dice uno de sus apologistas, por pasion, antiariano.

La osadía de los que, negando la divinidad del Verbo destruían la clave fundamental del dogmatismo cristiano, enardeció su ánimo y le decidió á pelear en Occidente, como Atanasio en Oriente, en defensa de las doctrinas tradicionales. Toda la Galia se estremeció á la explosion de su genio.

Ya no era Hilario un simple fiel; por su ciencia y por sus virtudes se hallaba en la cumbre del sacerdocio, revestido de la dignidad episcopal, ejerciendo decisiva influencia en los asuntos eclesiásticos de su patria. Fácil le fué comunicar á sus colegas en el magisterio divino el ardor de que se hallaba poseído. Congregó una especie de Concilio regional que declaró fuera de la comunión católica á Valens, Ursacio y Saturnino, primado de Arles, que tomó activísima parte en las violencias contra Atanasio ejercidas.

Inspiró y redactó una exposicion tan mesurada como enérgica, que en nombre de su provincia eclesiástica elevó á Constancio, en la que el dogma católico se hallaba consignado sin ambages y abiertamente reprobada la conducta de los partidarios de la doctrina imperialista.

Aquel escrito excitó, no obstante de la prudencia que en él dominaba, la cólera del soberano, que no tardó en expedir un decreto de destierro contra Hilario y Ródano, obispo de Tolosa, adalid tambien entusiasta de la divinidad de JESUCRISTO.

La cristiandad entera admiró el teson y la dignidad de los nuevos proscritos.

Por aquellos días Constancio visitó la antigua ciudad de los Césares. Roma, que recibió muy mal al emperador Constantino, era una ciudad mirada con cierto recelo por aquella reinante familia. Una ovacion de Roma era el bello ideal, la última aspiracion del Emperador. Dirigióse, pues, á ella, no sin haber ántes preparado la atmósfera social á su favor.

No describiremos los detalles de la pomposa entrada del augusto Constancio en la antigua capital del universo. Todas las magnificencias que era costumbre desplegar por los opulentos romanos en la celebracion de los más trascendentales triunfos, ostentáronse en la recepcion

del gran señor, de *su eternidad*, como le llamaban los cortesanos y aduladores. Espectáculos, fiestas, banquetes, discursos, poesías, todo se prodigó en aquellas solemnidades en que se trataba de idolatrar al hombre que empuñaba el doble cetro de Roma y de Constantinopla.

Los cristianos sinceros trataron de aprovechar la visita del Emperador, y las disposiciones complacientes que mostraba en favor de su Pontífice, que gemía en el ostracismo. Celebróse una gran reunion de los católicos notables de la ciudad, provocada por las señoras más distinguidas: nobles, senadores, altos dignatarios, comparecieron á la cita. Las damas tomaron la palabra. «Es ya intolerable, dijeron, el que miremos impasibles cómo se prolonga el destierro de nuestro Pontífice; es preciso que vosotros, hombres de Estado, influyáis para el triunfo del sagrado derecho del oprimido. Emplead para con el Emperador vuestra influencia y vuestra política para obtener la libertad del augusto proscrito. *Si no lo alcanzáis, nosotras abandonaremos la ciudad y nos iremos con el venerable desterrado.*»

Animado debate siguió á estas nobles y decisivas palabras. Las damas romanas expresaban perfectamente los votos de todas las conciencias honradas. Pero ¿quién se sentía bastante fuerte para iniciar con el soberano una discusion de tanta trascendencia? ¿En qué términos plantearla? ¿Cómo recibiría este paso Constancio, que estaba apasionado vehementemente contra los secuaces de las doctrinas de Atanasio?

Las señoras tenían la razon de su parte, pero el Emperador tenía la fuerza.

Al fin de una sostenida discusion determinóse que fuesen las señoras á hablar al Emperador, fiadas en la elocuencia infalible del corazon.

Eligiéronse las más distinguidas ciudadanas; aquellas damas que por su historia, por sus títulos, por su riqueza y por su hermosura estaban al abrigo del desden y del ultraje del soberano. Revestidas con sus más ricos trajes, adornadas con sus joyas preciosísimas presentaronse á Constancio.

Galante acogida las dispensó éste, porque la nobleza de los modales, la dignidad de la actitud y la opulencia del porte eran títulos suficientes para conquistarse, no sólo el respeto, sino la deferencia de quien aspiraba á atraerse las clases influyentes de la gran ciudad.

«Señor, dijeron las damas al Emperador, venimos á interponer nuestro valimiento, si alguno os merecemos, para que pongáis término á la orfandad de Roma, privada de su Pontífice y Padre por soberanas disposiciones.»

¿Pues qué, contestó Constancio, no tenéis pastor? ¿No es Félix un excelente obispo?

Replicáronle ellas, diciendo: «Señor, jamas puede merecer la confianza de la grey el prelado de fe viciosa. Si no estamos con él en comunidad de fe, ¿cómo pretendéis que existan entre pastor y ovejas estas dulces corrientes de paternidad y filiacion sólo concebibles dada la unidad de espíritu.»

No agrió Constancio aquella conversacion que en el fondo le era agradable. Mostróse dispuesto á complacer los deseos de las ilustres exponentes, y ofreció una solucion satisfactoria á aquel conflicto religioso.

Corrió por aquellos días el rumor, que afirman historiadores formales como Teodoreto, de que propuso el Emperador abrir á Liberio las puertas de Roma, á condicion de compartir con Félix el gobierno episcopal. Desvarió solemne certificado de la profunda ignorancia en que estaba de la índole, naturaleza y condiciones del ministerio eclesiástico.

El pueblo romano comentó la idea de esta solucion festiva y satíricamente. Un día en que Constancio asistía á los juegos del Circo, la muchedumbre, ebria de entusiasmo, empezó á parafrasear la noticia corriente sobre los dos obispos. «¡Felices tiempos! decían los grupos; dos bandos hay en el anfiteatro, hasta hoy cada uno ha tenido su color y su divisa; de hoy más tendrá tambien cada uno su obispo.»

A esto contestaban otros: «Dejáos de majaderías; *un Dios, un Cristo, un obispo*, nada más necesitamos.»

No era sincero en el Emperador el propósito de solventar el cisma á favor de los verdade-



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas. — Van publicadas 84 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERIA CATÓLICA.

*Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentisimos é ilustrisimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.*

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

*ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.*

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.